

El interés público

Fernando Escalante Gonzalbo

TODA MI VIDA PROFESIONAL HE SIDO profesor en el Colegio de México y aquí he publicado. ¿Hay algo más institucional? ¿Y más central que eso? Imposible. Pero he estado cerca de algunas iniciativas alternativas.

Hay una que me parece interesante: la revista *Paréntesis*, que surgió a la muerte de *Vuelta*. Esta última era una revista central, si las ha habido en la vida pública mexicana de los últimos treinta años, aunque era profundamente original por el temperamento de Octavio Paz y por la gente a la que reunió ahí. Cuando por voluntad expresa de Paz se terminó *Vuelta*, se le dio continuidad al proyecto editorial, a las acciones de la empresa, es decir a la institución en lo que tiene más de aparato burocrático-empresarial, en *Letras Libres*, que es muy distinto como proyecto intelectual, como salta a la vista. Entonces un grupo de colaboradores habituales de *Vuelta* con varios de los miembros de la mesa de redacción decidieron hacer una publicación diferente. Ése fue el origen de *Paréntesis*. Encabezados por Aurelio Asiain, quien había sido secretario de redacción de *Vuelta*, participaban en este nuevo proyecto Fabio Morábito, Luis Ignacio Helguera, Alejandro Rossi en un principio, y Jaime Moreno Villarreal.

La idea era una revista de vocación marginal, pero exquisita y elegante en cuanto al diseño, el papel y la calidad de los textos. Era muy exigente en

el plano intelectual, pero con respecto al movimiento de la vida pública mexicana estaba claramente en los márgenes. La distancia que hay entre *Letras Libres* y *Paréntesis* muestra muy bien lo que era *Vuelta* que reunía las dos vertientes. Una vez que éstas se separaron, la línea más política, la de mayor incidencia en la vida pública, fundó *Letras Libres*. Lo otro, ese componente más cosmopolita, extraviado y marginal, se quedó en *Paréntesis*, que tuvo una vida relativamente corta: un par de años, doce números, pero ediciones que siempre vale la pena volver a mirar.

Por momentos, en mi trayectoria personal y profesional he oscilado entre los dos mundos: el de las instituciones que están en el centro y el de las iniciativas asociadas con la cultura contemporánea. Me parece que es interesante la circulación entre ambos y las vías de comunicación que existen entre ellos, sobre todo porque hay una vitalidad en los espacios laterales, una creatividad a veces un poco exasperada, que normalmente no se encuentra en los ámbitos institucionales y sobre todo en los comerciales. Si hay algo que se renueva y se revitaliza en la cultura más institucionalizada o más central, depende del diálogo con las formas marginales. ¿Qué papel cumple hoy el sector alternativo?

Me voy a centrar en el espacio editorial que es el que conozco bien. La proporción de grandes lectores y de lectores habituales en México es insignificante. Nuestra cultura del libro es verdaderamente raquítica comparada con la de países como Alemania, Inglaterra, que tienen grandes proporciones de lectores, o Japón, donde los lectores habituales, según la clasificación que empleo, pueden ser del 18 al 20 por ciento de la población. En México esta cifra apenas llega al dos por ciento. Nuestro sistema de librerías es prácticamente inexistente. Tenemos una por cada 700 u 800 mil habitantes. Es una proporción verdaderamente monstruosa. Como somos un país muy grande, esos pequeñísimos porcentajes permiten mantener una industria editorial mediana. Somos 120 millones de habitantes; las editoriales tienen que sostenerse con ese dos por ciento de lectores habituales que frecuentan esas publicaciones marginales porque ofrecen el material de texto, de lectura, de conversación, que estaban buscando.

Las políticas habituales de promoción de la lectura y del libro, tratan, como tirando con una escopeta, de que alguien que nunca ha leído un libro lo haga porque le regalan un ejemplar en un premio o porque lo venden muy

barato. Me parece que no tiene sentido como política pública, pues así no se logra nada y se vuelve un esfuerzo inútil. Lo que sí tiene sentido es incrementar la proporción de lectores habituales, mejorar sus prácticas de lectura e incrementar su consumo de libros. De modo que el diseño de las políticas al respecto tiene que ser distinto. Se vuelve fundamental actuar sobre las mediaciones de la cultura del libro. Por ejemplo, si en lugar recurrir a una campaña de televisión para decir que los futbolistas leen y que la gente debe leer también, actuamos sobre esas mediaciones, tenemos una mayor capacidad para incrementar la calidad de lectura de los que ya son lectores.

Para que un libro llegue a un lector está la imagen romántica del autor que escribe y que se encuentra con él. Pero para que ese encuentro feliz suceda hay una serie de mediaciones indispensables: las editoriales, las distribuidoras, las librerías, las bibliotecas, las reseñas, las revistas del libro, los premios literarios... Lo importante es incidir sobre ellas, porque lo que ha sucedido es que se ha destruido una buena parte de la cultura del libro, entre otras cosas porque se han colonizado las mediaciones por parte de la industria del espectáculo. Fórmulas hay muchas; en Francia, por ejemplo, existe un sistema de subsidios y regalos fiscales a los que las librerías pueden acceder cuando una de ellas gana un sello de lo que llaman "librería de calidad". Para beneficiarse con estos programas una librería no debe ser muy grande, pues éste no es un apoyo para la gran industria; ni tener muchos empleados, es decir, que debe ser una empresa pequeña, familiar, y contar con un catálogo que incluya determinado tipo de libros.

Lo que ha faltado a la hora de definir las políticas de promoción de la lectura y las políticas culturales es, para empezar, un diagnóstico correcto. Tenemos un par de encuestas de lectura razonablemente bien hechas, interesantes por el mapa que aportan; pero no existe un diagnóstico de por qué existen estas prácticas de lectura en México, por qué tenemos esta estructura de librerías, lo cual es el punto de partida para definir una política que tenga sentido. Esto también se traduce en que no haya una visión clara del propósito que ésta debe tener. La riqueza, la diversidad, las tradiciones... no bastan para orientar una política pública. Lo único que existe actualmente es una política de conservación, que es como convertir la cultura en un zoológico. Falta entender para qué sirve que haya más fotógrafos, que haya cine experimental, que hayan 150 editoriales en lugar de tres, que existan auto-

res marginales que seguirán siendo marginales. Mientras no tengamos claro de qué modo el interés público se sirve con la promoción de la cultura, las políticas públicas al respecto estarán bastante cojas.

Mis explicaciones de la naturaleza de la industria editorial y las prácticas de lectura y de por qué se produjo ese mundo y qué consecuencias tiene están en mi volumen *A la sombra de los libros*. Ahí trato de explicar, además, qué consecuencias tiene ello sobre la vida pública: unas prácticas de lectura deficientes producen un público menos exigente, menos informado, menos complejo, lo cual incide en una menor capacidad para exigir en el espacio público en todos los sentidos. Tenemos una prensa y unos medios de muy baja calidad, equiparable a la de nuestros partidos políticos precisamente porque no hay un público que exija. La formación de ese público es fundamental y depende de los lectores; no sólo estoy pensando en los que se acercan a los libros de economía, ciencia política o sociología. Me refiero a que, después de leer *De lujo y hambre*, el magnífico libro de crónicas de Ricardo Garibay, por ejemplo, uno tiene una comprensión infinitamente más compleja del país, y esto permite abordar nuevas lecturas de otra manera. Lo mismo sucederá, por ejemplo, tras la lectura de *El apando* de José Revueltas. Esa lectura que da pie a elaboraciones intelectuales y que consolida la sensibilidad es fundamental para formar a la ciudadanía.

¿Cómo hemos llegado a esto? La política cultural del régimen revolucionario y posrevolucionario estuvo atenta sobre todo a la construcción nacional; para decirlo con Roger Bartra, estuvo concentrada en la construcción de las redes imaginarias de legitimación que tenían que ver con la nacionalidad y la identidad. Aquéllas fueron con mucha frecuencia políticas conservacionistas, relativamente rígidas, en las que se trataba de producir y reproducir la cultura nacional. No obstante, a esta política muy intensa y muy activa debemos los murales de Rivera, Orozco y Siqueiros, la producción editorial de Vasconcelos y una enorme cantidad de cosas más. Este movimiento comenzó a entrar en vía muerta a fines de la década de 1960 y principios de la siguiente, porque las mediaciones que habían servido para hacer circular el lenguaje de la identidad nacional comenzaron a deteriorarse, a anquilosarse y a transformarse en formas autoritarias, rígidas, corruptas.

La combinación de un nacionalismo residual con políticas que comenzaron a ser explícitamente neoliberales a partir del gobierno de Miguel de

la Madrid trajo consigo el retraimiento del Estado. La producción cultural que éste patrocinaba se había vuelto reiterativa y conservadora; había, en cambio, la necesidad de otra clase de iniciativas que se producían desde la sociedad civil: *Nexos*, *Plural* y *Vuelta*, por ejemplo. Se juntaron el hambre y las ganas de comer: un Estado con ganas de retirarse y una ciudadanía que le pedía que lo hiciera. En ese cruce de caminos se adoptó esta actitud según la cual la mejor política cultural es que no haya una. Pero esto no tiene sentido. Pensamos que el Estado debe retraerse porque es burocrático, autoritario y corrupto; sin embargo, no lo es por definición. Si renunciamos a que el Estado esté ahí, renunciamos a suponer que las formas de la cultura son públicamente relevantes. Desde que comenzó este proceso la política cultural se ha vuelto cada vez más ligera: sin una definición de propósito, dedicada a subsidiar iniciativas de la sociedad civil, pero sin una idea clara en torno a ellas. Muerto el nacionalismo revolucionario como idea para guiar una política cultural como política pública, nada ha venido a sustituirlo. Entonces no hay un objetivo; puede haber buenas intenciones, a veces hay dinero, normalmente poco, pero lo suficiente como para subsidiar iniciativas particulares.

El último tercio del siglo xx se caracterizó por el progresivo auge del programa neoliberal en todos los ámbitos —político, económico, cultural— y por una desregulación que favorece la concentración monopólica u oligopólica en la industria del espectáculo que permite la formación de grandes conglomerados multimedia con editoriales, periódicos, revistas, radio, televisión, etcétera. En un mercado relativamente reducido con una industria editorial de pequeños números, pequeños tirajes, como era México, la capacidad para resistir este proceso era muy reducida o prácticamente nula. El avance de los grandes grupos durante veinte o treinta años trajo consigo la desaparición de una gran cantidad de editoriales. Casi todas, empezando por Joaquín Mortiz, fueron absorbidas por los grandes grupos. Quedaron el Fondo de Cultura Económica y los grandes consorcios, y en posturas alternativas Era y Siglo XXI. Eso contribuyó a que se afanzara cierto tipo de producción editorial, lo mismo que la consolidación de un tipo de lector y de lecturas.

A partir de 2008, el panorama cambió, porque para los grandes grupos editoriales españoles la crisis significaba una disminución del consumo de

80 libros en España. La recesión fue muy aguda. Como este proceso sigue avanzando, los editores tratan de recuperar sus niveles de ganancia a través de sus ventas en América Latina. Lo hacen, a mi juicio, un poco desorientadamente, por la vía de aumentar los precios. Nos están vendiendo libros a precios que son múltiples hasta de ocho y de nueve veces el costo de producción, lo cual es un disparate. Pero esta locura ha permitido que encuentren un lugar en el mercado editoriales mexicanas pequeñas que pueden vender sus volúmenes a precios muy competitivos. Es un error de las corporaciones españolas vender un libro de entre 200 y 300 páginas en \$700, \$800 y \$900. Frente a eso, las editoriales independientes pueden garantizar cosas realmente atractivas e interesantes a un precio muy razonable. La Universidad Veracruzana, por ejemplo, puede ofrecer magníficos clásicos de la literatura universal a \$35, lo cual, para un lector que no conoce a un editor ni a otro, simplemente no ofrece dudas.

El panorama está cambiando por el lado de la oferta editorial. Estamos en un mejor mundo para estas pequeñas iniciativas marginales. Hasta 1980 un editor pequeño habitualmente necesitaba para sobrevivir un margen de ganancia del tres al cuatro por ciento, en tanto que cualquiera de los grandes grupos en la lógica del mercado de acciones necesita márgenes superiores al catorce por ciento. En un momento de crisis una pequeña editorial puede mantener su cuatro por ciento, pero resulta difícil para un consorcio conservar un porcentaje tan alto de ganancias.

Según trato de explicar en mi nuevo libro sobre el neoliberalismo, estamos ante algo mucho más ambicioso y extenso, más largo y complejo de lo que solemos pensar. El programa neoliberal se elabora con la ambición de recuperar el orden institucional global de la década de 1930. El momento de mayor creatividad neoliberal fue la década de 1950; la gran batalla se libró en la de 1970. La década siguiente, cuando Ronald Reagan y Margaret Thatcher llegaron al poder, triunfó de lleno el neoliberalismo. Durante esos treinta años este movimiento se impuso en el planeta de tal manera que se aprendió a hablar como lengua franca en todas las disciplinas de las universidades y en las instituciones públicas. Hay desde luego una economía, una antropología, una sociología y una idea del derecho neoliberales. Todos tenemos en nuestro vocabulario palabras como *incentivos*, *racionalidad*, *rentabilidad*, como si fuese natural referirse a la cultura en esos términos. Parece

que finalmente, como decía la Thatcher, no hay alternativa; no hay más que el pensamiento neoliberal por donde se mire, incluso en la izquierda.

Al final del volumen incluí tres páginas que titulo “Parámetros para una alternativa”, donde planteo que no sabemos qué es lo que sigue, pero sí podemos saber por dónde hay que empezar a construirlo. En este apartado básicamente explico la necesidad de abandonar ese pensamiento lineal con todo su individualismo. Casi ácrata, en el fondo es un pensamiento teológico que pone al mercado en el lugar de Dios. Necesitamos reconstruir formas más complejas de conocimiento de lo concreto, formas del conocimiento situado que sean necesariamente descentradas, como tienen que ser. Éste es el programa de la antropología reciente y de muchas otras disciplinas que construyen una manera de entender lo social como una herramienta para pensar en lo que viene.

El argumento es relativamente simple de plantear, pero difícil de poner en práctica. El neoliberalismo como fenómeno cultural es un gran movimiento de privatización. No juega en contra del Estado, porque los neoliberales lo necesitan para producir mercados, sino en contra de lo público. Según lo mostró Karl Polanyi en su clásico *La gran transformación*, conforme se expanden los mercados, la inercia, la tendencia de las sociedades es combatir al mercado y crear formas de solidaridad, formas de responsabilidad compartida, de interés público, para defenderse de sus fuerzas. El neoliberalismo necesita que el Estado rompa esas formas. Ahí está, por ejemplo, el sindicalismo. Si efectivamente el neoliberalismo es este proceso masivo de privatización en todos los órdenes, la alternativa debe ser volver a pensar en la cultura, el transporte, la salud y la educación como asuntos de interés público. Hay que restaurar la dignidad de lo público. Nos tomará tiempo, pero no es la primera vez que se emprende esta batalla. Durante la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, en los países centrales, el avance del mercado fue absolutamente devastador hasta que comenzó la reacción social en contra para establecer motivos de interés público: sanidad, educación, transporte, alumbrado, seguridad social, para prohibir el trabajo infantil y limitar la jornada del trabajo. Civilizamos al mercado. Ahora hemos tenido treinta o cuarenta años de mercado desbocado, pero volveremos a civilizarlo.

También es posible pensar en una empresa que camine en este sentido. El mercado no es necesariamente el enemigo. El problema son las reglas con

las que éste juega: la aspiración desmedida de utilidades ha llevado a las empresas a adoptar lógicas que implican el *outsourcing*, el despido de personal, etcétera; a esto hay que sumarle que llevamos treinta años de aumentar progresivamente el peso del capital financiero sobre el conjunto de la actividad económica. Dos o tres reglas han logrado su predominio definitivo, y éste condiciona el modo de operar de las corporaciones. De hecho, el funcionamiento de los paraísos fiscales durante los últimos veinte años no tiene nada de natural ni de obvio. Si se limitara, claramente se estaría condicionando el poder del mercado financiero. Si se limitasen las posibilidades de movimiento del capital financiero dentro y fuera de los países y se estableciesen reglas, una fiscalidad diferente, se podrían producir comportamientos distintos desde el mercado de acciones. En un sentido o en otro, en las empresas, en el mercado accionario, no vivimos en un orden natural. Por lo tanto todo depende de la regulación.

Necesitamos del mercado pero éste debe operar con otras reglas. Una empresa puede funcionar a la manera de los grandes consorcios con exigencia de tasas de ganancia, pero ésta no es necesariamente la más eficiente, ni la mejor. Y el comportamiento actual del mercado accionario no es el único posible. El cambio fundamental para el tipo de empresas que tenemos hoy es la salida de la bolsa y la separación entre la gestión de la empresa y la propiedad de la empresa por parte de accionistas que pueden conseguir tasas de rentabilidad cada vez mayores mediante fondos de inversión.

Hoy, la franja informal y criminal de la economía está vinculada orgánicamente con la franja formal, empresarial y decente. No se trata de que tengamos las empresas decentes y la informalidad de los criminales. Guillermo de la Peña ha mostrado con un estudio empírico en la Universidad de Guadalajara que el Tratado de Libre Comercio y la inversión de las grandes empresas automotrices en Jalisco llevaron a una expansión del mercado informal, porque las empresas subcontratan la producción de partes con pequeños talleres familiares y esto lleva al incremento de dicho mercado. Las grandes cadenas de restaurantes, como Sanborn's o Vips, existen gracias a que afuera de ellos hay una tortería informal donde comen las meseras. Hay una cadena según la cual la economía informal se integra a la economía formal. La distinción entre una y otra sirve para aliviar la buena conciencia de funcionarios de organismos internacionales, pero es bastante

dudosa y, si entramos al mundo de lo criminal, pues más todavía. Sin embargo, en los vínculos del gran crimen organizado y el mercado financiero las reglas del juego son otras. Estas empresas pueden funcionar como contrapunto, y sin duda lo hacen.

Una de las ideas básicas en el proceso de privatización es que el Estado es ineficiente, que es un mal empresario y que las empresas deben hacerse cargo. Eso es mentira. *El Estado emprendedor* de Mariana Mazzucato muestra que la mayor creatividad, productividad y rentabilidad se ha producido desde siempre en empresas públicas. Internet no es la aventura de cuatro muchachos en un garaje: es producto de la industria militar y del Estado norteamericano. Un caso similar es el desarrollo de las vacunas. Es la gran inversión pública la que resulta productiva, rentable. Las empresas privadas, comparadas con esto, son unos pequeños parásitos. Si pensamos en la educación en este sentido, una institución como El Colegio de México es de una enorme productividad. Somos íntegramente públicos y podemos medirnos contra cualquier universidad que se quiera poner delante. Por supuesto que tenemos la ventaja del subsidio: el asunto es que una institución pública no es necesariamente improductiva y corrupta. El Fondo de Cultura Económica, otra gran institución pública, genera tantos recursos propios como recibe en subsidio. Es la mayor iniciativa editorial en la historia en el mundo de habla hispana y su trabajo resulta indispensable para la integración de las prácticas de lectura en América Latina y en España.

Las empresas culturales y educativas privadas no tendrían por qué renunciar al apoyo público, siempre y cuando comprendan que la suya es una tarea de interés social y que, por lo tanto, los resultados que tienen que dar ante sus accionistas no tendrían que ser sólo ni principalmente financieros. Aceptar un subsidio o buscar una forma de cofinanciamiento es perfectamente aceptable con una forma de organización que entienda que también es prioritaria la transparencia. También hay instituciones públicas enormemente creativas, interesantes, productivas y rentables. Las del Estado no son formas necesariamente parasitarias ni corruptas. Puede haber muchas fórmulas y habría que pensarlas.